

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

Sobre los alcances de la noción de síntoma social en la clínica psicoanalítica.

Gonzalez Martinez, María Florencia.

Cita:

Gonzalez Martinez, María Florencia (2017). *Sobre los alcances de la noción de síntoma social en la clínica psicoanalítica. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/886>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/Rek>

SOBRE LOS ALCANCES DE LA NOCIÓN DE SÍNTOMA SOCIAL EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Gonzalez Martinez, María Florencia
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo forma parte del plan de beca de maestría “Aportes del psicoanálisis al abordaje de las toxicomanías”, enmarcado en el proyecto UBACyT 2014-2017: “Operadores conceptuales de la segunda tópica freudiana: alcances y límites” (Laznik, 2014) Dentro de los desarrollos psicoanalíticos contemporáneos es habitual la utilización de la noción de síntoma social para abordar cierto tipo de fenómenos clínicos que no se encuadran bajo la forma del retorno de lo reprimido. Entre ellos se incluyen las toxicomanías, que son calificadas como expresión paradigmática del modo en que el malestar se manifiesta en la época caracterizada como la del “Otro que no existe”. Nos proponemos, en lo que sigue, examinar algunos de los supuestos sobre los que se asienta el uso que desde el psicoanálisis se hace de esta noción que nace en el campo de la teoría marxista y que es mencionada por Lacan en uno de sus trabajos. A partir de esto, intentaremos situar los alcances y las derivaciones que las teorizaciones que se deducen de ella nos brindan para el abordaje de los fenómenos que intentan explicar.

Palabras clave

Síntoma social, Época, Toxicomanías, Psicoanálisis

ABSTRACT

ON THE SCOPE OF THE NOTION OF SOCIAL SYMPTOM IN THE PSYCHOANALYTIC CLINIC

The present work is part of the master scholarship's plan “Contributions of psychoanalysis to the approach of drug addiction”, framed in the project UBACyT 2014-2017: “Conceptual operators of the second Freudian topic: reaches and limits” (Laznik, 2014) Within contemporary psychoanalytic developments the notion of social symptom is often used to address certain types of clinical phenomena that are not framed in the form of the return of the repressed. These include drug addiction, which is characterized as a paradigmatic expression of the way in which malaise manifests itself in the era characterized as the era of the “Other that does not exist”. We propose, in the following, to examine some of the assumptions on which this notion - that is born in the field of Marxist theory and which is mentioned by Lacan in one of his Works - is used in contemporary psychoanalytical theories. From this, we will try to determine the scopes and derivations that the theories that are deduced from it provide us for the approach of the phenomena that they try to explain

Key words

Social symptom, Era, Drug addiction, Psychoanalysis

Cuando abordamos los desarrollos psicoanalíticos contemporáneos referidos al estudio de fenómenos tales como las toxicomanías, encontramos una profusión de artículos que se refieren a nociones como la de síntoma social y discurso capitalista, abocándose con especial énfasis al estudio de las particularidades de la época actual. Justifican este movimiento a partir de una famosa y temprana afirmación lacaniana: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir su horizonte a la subjetividad de su época” (Lacan, 1953, p. 309). Nos preguntamos si de esta frase se deduce sin más la necesidad de realizar un análisis social como requisito para comprender los fenómenos clínicos que nos interrogan como analistas. Esa parece ser la dirección de varias de las producciones psicoanalíticas por estos tiempos.

Tomaremos como base el seminario dictado por Jacques Alain Miller y Eric Laurent *El Otro que no existe y sus comités de ética*, texto pilar dentro de esta corriente de pensamiento. Allí los autores parten de la hipótesis de que la época actual podría caracterizarse como aquella del “Otro que no existe” y afirman que la prevalencia de cuadros clínicos en los que el padecimiento no se ordena bajo el modo de la metáfora es un efecto de esta particularidad, que está dada, a su vez, por la égida del discurso capitalista como modo de lazo social.

Sobre el síntoma social en Lacan

Sería una exageración elevar al síntoma social a la categoría de noción dentro de la teoría lacaniana. Constituye apenas una mención, que se encuentra en un texto específico: *La Tercera*. Allí, Lacan se pregunta si el psicoanálisis puede ser considerado un síntoma social. Se responde inmediatamente con una negación rotunda. “Sólo hay un síntoma social: cada individuo es realmente un proletario, es decir, no tiene ningún discurso con qué hacer lazo social, dicho con otro término, semblante.” (Lacan, 1974, p. 86)

Esta apelación tan restringida que encontramos en Lacan no ha impedido a los psicoanalistas contemporáneos extender el uso de esta noción. De este modo, el psicoanálisis mismo es definido como síntoma social (Miller, 2005), así como la soledad y el estrago generalizado (Sinatra, 2008). También bajo el velo del síntoma social son ubicados los llamados “nuevos síntomas”, entre los que se incluyen las toxicomanías (junto con bulimias y anorexias, entre otros).

Ahora bien, dado el nulo desarrollo que la noción a la que apelan tiene en Lacan, se generan inevitablemente ciertos interrogantes: ¿qué entienden estos autores por síntoma social? ¿De dónde deducen esta idea? Y, sobre todo, ¿cuál es el alcance que esta noción puede tener para la clínica psicoanalítica y para el tratamiento de las patologías que pretende explicar?

Sobre algunos supuestos millerianos

Como ya hemos señalado, en *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Miller y Laurent definen a la época actual como la del “Otro que no existe”. Atribuyen esta característica a la caída del Ideal como regulador del goce, solidaria otra caída; la del Nombre del Padre. Desde esta perspectiva, la exigencia del superyó pasa a un primer plano. Y, sabemos, el superyó exige goce. Ahora, ¿cómo entienden esto autores al superyó? En las páginas iniciales de su seminario Miller dirá lo siguiente:

“Mencioné la identificación para marcar la dimensión social de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. ¿Y por qué hablar de pulsión? Cuando Freud necesita inventar un compañero para la pulsión, plantea el superyó (...). Esta instancia que le sirve para pensar la pulsión sobrepasa al sujeto y sólo puede situarla en el nivel de lo que llama la civilización.” (Miller, 2005, p. 18)

Encontramos aquí un primer deslizamiento y una inicial reducción de un concepto complejo. Si bien es cierto que en algunos textos Freud se refiere al lugar del superyó respecto de la cultura, ésta no constituye ni la única ni la más importante dimensión del superyó en su obra[i]. Esta instancia es, por sobre todas las cosas, una instancia psíquica, una de las tres que conforman el último modelo de aparato psíquico propuesto por Freud. Así lo define el autor:

“El superyó debe su posición particular dentro del yo o respecto de él a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y el segundo: es el heredero del complejo de Edipo (...).” (Freud, 1923, p. 49)

Y es precisamente ese doble origen lo que le da su carácter paródico, en la medida en que exige al yo al mismo tiempo renuncia pulsional (de acuerdo a las condiciones del mundo exterior) y mantenimiento de la satisfacción masoquista subsidiaria de la pulsión de muerte (de acuerdo con las exigencias del ello). Esta última dimensión es aislada por Freud a partir del fenómeno clínico de la reacción terapéutica negativa.

En este sentido, podríamos agregar que el superyó al que Miller bautiza como “lacaniano”, en tanto sostiene el imperativo “¡Gozal!” no se aleja de la dimensión más pulsional del superyó “freudiano”. Lacan mismo no se arroga ninguna innovación cuando propone esa lectura de la instancia psíquica. Ahora bien, ¿podríamos decir que en Lacan este imperativo es definido como social? De ser así, sería viable trazar una distancia entre ambos autores. Vayamos a *Televisión*. Allí, frente a una pregunta explícitamente referida al valor otorgado a lo social e incluso al capitalismo, Lacan responde remitiéndonos a Freud:

“La glotonería con la que denota al superyó es estructural; no es efecto de la civilización sino “malestar (síntoma) en la civilización”. (Lacan, 1973, p. 556)

Se tratará, en todo caso, según esta afirmación, de dar cuenta de las consecuencias de lo estructural en lo social (al menos para el psicoanálisis). El movimiento que trazan tanto Freud como Lacan va en esa dirección.

Sin embargo, en los desarrollos psicoanalíticos actuales a los que nos referimos, la teorización se acerca más a la sociología, manifestando un interés por el estudio de lo social que muchas veces va en detrimento de la clínica.

Volvamos al texto de Miller y Laurent. Allí, luego de ubicar al superyó a nivel de la civilización, los autores se preguntarán qué es una civilización. Su respuesta: “(...) es un modo de goce, incluso un modo común de goce, una repartición sistematizada de los medios y las maneras de gozar.” (Miller, 2005, p. 18)

Si hay un modo común de goce, éste se impone “para todos”. A partir de esta lógica, sostienen la existencia de un goce que sería “el nuestro”, el “goce contemporáneo”, cuyas características despliegan en lo que sigue del seminario. Este goce, “que no se sitúa más que por el plus de gozar”, sería propio de la llamada época del Otro que no existe. Afirman que es Lacan quien caracteriza de este modo al goce producido por el discurso capitalista. Leamos qué dice Lacan al respecto.

“Lo extraño es ese vínculo que hace que un goce, sea cual fuere, suponga ese objeto y que entonces el plus-de-gozar, ya que así he creído poder designar su lugar, sea respecto de cualquier goce, su condición.” (Lacan, 1974, p. 90)

Entonces, para Lacan, el plus-de-gozar aparece como la condición del goce en tanto tal. Nuevamente observamos cierto deslizamiento más o menos sutil que va de la estructura a la coyuntura.

Aclaremos que nuestros señalamientos no apuntan a descalificar el valor que puede tener un análisis de los fenómenos sociales ni su interés para el psicoanálisis sino a ubicar las consecuencias del uso de conceptos por fuera de su contexto y de ciertas operaciones de lectura. Los psicoanalistas no podemos pretendernos sociólogos. No, al menos, sin degradar ambas disciplinas.

Del toxicómano como paradigma

¿Qué consecuencias se deducen de estas lecturas dentro del psicoanálisis, particularmente en lo referido al modo de abordaje de los fenómenos que nos ocupan?

Tomemos el caso de las toxicomanías. Por empezar observamos la prevalencia del abordaje en términos de “el toxicómano”, al que definen como el “paradigma de la época” (Sinatra 2008, Fajnwaks 2008, entre otros) o como un “prototipo de la modernidad”. (Freda, 2005, p. 304)

Inmediatamente advertimos que “el toxicómano”, nombrado en singular, se constituye como una figura abstracta, emblemática de lo social. Queda reducido a un paradigma. Leamos la definición del término. Según la Real Academia Española un paradigma es una “teoría o conjunto de teorías cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y que suministra la base para resolver problemas y avanzar en el conocimiento.”

Es decir que entender al toxicómano como un paradigma, lo sitúa en un a priori a la escucha. Es un personaje de la época. Es algo antes del encuentro analítico. Y es algo o alguien que queda reducido a una práctica, definido por ella. Por eso, podemos leer afirmaciones como la siguiente:

“El anoréxico que pretende comer nada, el bulímico que quiere comer todo, el toxicómano que intenta obturar la falta con narcóticos, el transgresor que pide un más de goce, son tipos clínicos de nuestra contemporaneidad que aspiran a evitar la separación.” (Torres, 2008)

El problema que intentamos señalar no es la inverosimilitud de tales

aseveraciones (con las que, por otro lado, podemos acordar), sino más bien, el escaso alcance que ellas suponen para el psicoanálisis. ¿Cuánto nos orienta en la dirección de la cura decir que tales cuadros responden a la época si no vamos a intentar realizar ciertas especificaciones sobre sus mecanismos? Para abordar este tipo de interrogantes sería necesario, a nuestro criterio, una aproximación diferente. Observamos que el interés respecto de la participación del discurso de la época en la producción de subjetividades (y de sus respuestas sintomáticas) lleva, en muchos casos, a ahondar el estudio de lo propio de la sociedad actual pero al precio de obturar los interrogantes respecto del sujeto. De este modo, la referencia subjetiva se da en un genérico ("el toxicómano", "la anoréxica", etc.). Lejos queda el sujeto propio del psicoanálisis; el sujeto que es efecto singular. Podríamos decir que la referencia al síntoma social en el psicoanálisis actual pone su acento en lo "social" dejando muchas veces de lado lo propio del "síntoma" psicoanalítico.

Si volvemos a la cita anterior, a partir de lo aseverado por su autora, podrían abrirse una serie de preguntas, absolutamente relevantes para la teoría psicoanalítica. ¿Qué tipo de separación es la que intentarían evitar? ¿Todos la evitan del mismo modo, es decir, compartirían mecanismo? ¿Si así fuera, en qué consiste éste? ¿El intento de evitar la separación es exclusivo de este tipo de fenómenos? Si la respuesta fuera negativa, ¿qué particularidades presentaría en estos cuadros? Sin embargo, son estas cuestiones las que quedan acalladas. Algunas veces tienen mucho más peso las preguntas que no se hacen que las respuestas que se dan.

Repetimos, no nos oponemos a la posibilidad de pensar sobre la época desde y con el psicoanálisis. Señalamos, simplemente, que ese nivel de análisis resulta insuficiente e improductivo para la clínica. Como ya dijimos, en la perspectiva social, el sujeto queda reducido a un actor social, a un personaje efecto del discurso imperante. Este no es el sujeto del psicoanálisis. Y algunos de los mismos autores que estudian la época nos advierten al respecto. Así, encontramos en Miller la afirmación de que "es posible ser agente de un síntoma social sin verificar un síntoma subjetivo". (Miller, 2005, p. 310) [ii] Proponemos leer esta indicación junto con la noción de síntoma propuesta por Lacan en *La Tercera*. Allí lo sitúa como "lo que viene de lo real". Y agrega, "(...) el sentido del síntoma es lo real, lo real en tanto se pone en cruz para impedir que las cosas anden (...)" (Lacan, 1974, p. 84)

Teniendo esto en cuenta, podríamos intentar seguir la lógica de los planteos contemporáneos y adjudicar a los llamados nuevos síntomas el estatuto de síntomas sociales. Volviendo al ejemplo de las toxicomanías, el toxicómano (definido así, en singular) puede constituirse como un síntoma para la sociedad. Es decir, como una figura que denuncia con su práctica los efectos de un discurso que promueve el consumo sin fin. Y, en tanto síntoma, pone en evidencia aquello que no anda.

Ahora bien, ¿esto alcanza para constituir un síntoma en el sentido psicoanalítico? Por supuesto que no. Comenzando por el hecho de que el síntoma da cuenta de un padecimiento singular. En este sentido es fundamental considerar la distinción que realiza Miller entre la dimensión social de ciertas prácticas y de aquellos que las realizan y la subjetivación del padecimiento. De este modo podría-

mos pensar que el psicoanálisis requiere de la producción de un síntoma subjetivo, un padecimiento que interroga a quien lo porta. Esa interrogación puede no venir dada (este rasgo no es exclusivo de estas prácticas, ocurre más de una vez con los pacientes considerados más tradicionales). Muchas veces hace a la tarea psicoanalítica. Porque tampoco alcanza con que el malestar que lo habita interroga a un sujeto para que se constituya como síntoma. Hace falta también que ese interrogante se dirija a un analista. Sólo en esta instancia podemos referirnos al síntoma en el sentido propio del término para nuestra disciplina. Por esto mismo es notorio que en los discursos en los que se abordan estos modos de sufrimiento que no responden al retorno de lo reprimido desde la perspectiva del síntoma social, se eluda la mención de la transferencia. Se señala que estas prácticas no se ordenan según la lógica simbólica pero esto no conduce a un desarrollo referido a los modos de presentación clínica y de instalación del dispositivo.

En este sentido, se realiza un recorrido exactamente inverso al freudiano, que va de lo clínico a lo social.

Volvemos a la pregunta inicial: para ser fieles a la indicación lacaniana que nos insta a estar a la altura de la época, ¿es condición que el psicoanálisis se ocupe del estudio sociológico de ésta? Y si lo fuera, ¿es condición suficiente?

Vuelta a Freud

Consideramos que el recorrido de Freud es más que ilustrativo. Él inicia su obra con un interrogante acerca del mecanismo de los fenómenos histéricos y particularmente, sobre el valor y la lógica del síntoma. Así, lo vemos separarse de Breuer por no compartir criterio sobre el método terapéutico, la hipnosis, solidario de un modo particular de entender el proceso de formación de síntoma.[iii]

De este modo, la guía freudiana tiene dos aristas:

- Por un lado encontrar un mecanismo que permita dar cuenta de la producción del síntoma (que lo lleva a agrupar cuadros, hasta entonces considerados tan disímiles como la histeria y la neurosis obsesiva, en la medida en que ambos comparten ese mecanismo, al que Freud denomina defensa).

- Por el otro, encontrar un método que permita ir más allá de las dificultades de las que adolece la hipnosis. Respecto de esta vertiente, observamos que la guía de Freud son los fenómenos transferenciales que, aún cuando conceptualmente presentan un desarrollo más tardío en su obra (la transferencia se formaliza como tal recién en 1912), ocupan desde el inicio un lugar de preeminencia en las preguntas que orientan sus investigaciones.[iv]

¿Qué lugar le otorga a lo social en la formación de síntoma? En *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna* dirá lo siguiente refiriéndose a las teorías que trazaban conexiones entre ambas:

"Debo reprochar a estas doctrinas – y a muchas otras de parecido tenor -, no que sean erróneas, sino que resulten insuficientes para esclarecer en sus detalles el fenómeno de las perturbaciones nerviosas y descuiden justamente lo más sustantivo de los factores etiológicos eficaces." (Freud, 1908, p. 166)

Freud mismo se había afanado desde el inicio por evitar la reducción de la represión a factores morales. Observamos en varios de sus escritos el esfuerzo por situar las particulares coordenadas intrapsíquicas de esta operación y su firme decisión de no echar

mano a la fácil solución que le hubiera provisto la apelación a lo moral y lo social para explicar la actuación de la defensa. Por supuesto que este último camino hubiera sido más sencillo, ¿acaso la represión sexual de la sociedad victoriana no era un factor atractivo y accesible a partir del cual se hubiera podido situar la represión eficaz en el síntoma? Sin embargo, Freud, sin descubrir ni desmentir esta característica de su época, la descarta como causa del síntoma psicoanalítico. ¿Se podría considerar que la histeria como tal constituyó un síntoma social para la sociedad victoriana? Probablemente, sí. Pero no reside allí el interés freudiano. Porque el psicoanálisis se aboca y trabaja con el padecimiento en tanto este cobra valor para un sujeto. En este sentido Freud no trabajaba con La Histeria, escuchaba a las histéricas para poder, desde ese oficio tan ínfimo y artesanal extraer conclusiones que le permitieran aislar características formales de los resortes que constituían estos cuadros.

Es esta ética de investigación que apela menos a los grandes discursos y apuesta al muchas veces ingrato trabajo cotidiano la que se extraña en algunos de los planteos actuales.

NOTAS

[i] Y aún en los textos en los que la referencia es lo cultural, es discutible que la función del superyó en tanto tal sea leída por Freud como la de una instancia social, independiente de su dimensión intrapsíquica.

[ii] Otro autor que nos advierte de los riesgos de la utilización de estos mismos conceptos para pensar cuestiones que escapan a su campo de aplicación inicial es Jorge Alemán quien, en su libro *Soledad: Común. Políticas en Lacan* afirma:

“La fórmula , que cumple una valiosa función en la enseñanza de Lacan en lo relativo al problema del fin de análisis, no puede ser tan sencillamente asignada a una época determinada. O al menos esto exige cierta puntualización. En primer lugar, señalemos que si bien acordamos con las descripciones sobre lo , sobre el socavamiento y la erosión de las figuras simbólicas actuales del Otro, también es preciso señalar que para que esta corrosión esté ocurriendo, tal como Marx lo supo ver, tiene que existir una estructura muy potente que logre emplazar como nunca se ha hecho antes, con una potencia inusitada, a los sujetos y a los vínculos sociales. Si no fuera así, este que se describe terminaría dispersando a toda la trama social. Por el contrario, si a pesar de tantas destituciones, de tanto cinismo, de tanta declinación del padre, de tanto colapso de las figuras de autoridad, el Poder es más compacto que nunca, es porque hay Otro que funciona regido por la Técnica y el Capital, y que ha alcanzado un orden capaz de subsumir a los cuerpos y a las subjetividades en la forma mercancía.”

[iii] Según Breuer la escisión de conciencia propia de la histeria es efecto de la producción de ciertos estados de conciencia a los que el autor denomina “hipnoides”, durante los cuales las representaciones que advengan no podrán ser sintetizadas por el yo y permanecerán inaccesibles para él. De este modo, la hipnosis se presenta como la terapéutica más apropiada, en tanto reproduce artificialmente esos estados, dando la oportunidad al yo, con la asistencia del hipnotizador, de producir los

nexos faltantes entre representaciones.

[iv] En su “Presentación autobiográfica” Freud enumera los reparos que lo llevaron a abandonar la hipnosis. Refiere, por un lado, “que hasta los mejores resultados quedaban de pronto como borrados cuando se enturbiaba la relación personal con el paciente” (Freud, 1925, p.26). La referencia obligada aquí (aunque probablemente no la única) es Anna O. Como bien señala Lacan, allí donde Breuer huye ante los reclamos amorosos de la histeria, Freud se detiene a pensar si el problema no es atribuible al dispositivo mismo y desde allí propone su abandono. Es decir, allí donde Breuer solo puede abandonar a la histeria, Freud renuncia a la técnica. Es importante destacar que, cuando vuelve a encontrarse con esos reclamos en el seno del dispositivo que él mismo creó, nuevamente los ubicará como respuesta y delimitará las coordenadas de su producción. Y se dedicará a pensar cuáles son las respuestas posibles del lado del analista. De este modo propondrá, por ejemplo, el concepto de abstinencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemán, J. (2012) Soledad: Común. Políticas en Lacan. Buenos Aires, Argentina. Capital Intelectual.
- Diccionario de la Real Academia Española. <http://dle.rae.es/?id=RpXSRZJ>
- Fajnwaks, F. (2008). Del “hedonismo contemporáneo” como empuje al plus-de-gozar. Virtualia 17. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana. <http://virtualia.eol.org.ar/017/default.asp?dossier=fajnwaks.html>
- Freud, S. (1894). Las neurosisis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias). En Sigmund Freud Obras Completas. Vol. III. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1895) Manuscrito K. Las neurosisis de defensa. (Un cuento de Navidad). En Sigmund Freud Obras Completas. Vol. I. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1908) La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna. En Sigmund Freud Obras Completas. Vol. IX. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En Sigmund Freud Obras Completas. Vol. XIX. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925 [1924]). Presentación autobiográfica. En Sigmund Freud Obras Completas. Vol. XX. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1953 [1988]). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Escritos 1. Buenos Aires, Argentina. Siglo XXI editores.
- Lacan, J. (1973 [2012]). Televisión. En Otros escritos. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Paidós.
- Lacan, J. (1974 [1988]). La tercera. En Intervenciones y textos 2. Argentina. Manantial editores.
- Miller, J.A. (2005) El Otro que no existe y sus comités de ética. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Paidós.
- Sinatra, E. (2008) El toxicómano es un sin-vergüenza. Virtualia 17. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana. <http://virtualia.eol.org.ar/017/default.asp?dossier=sinatra.html>
- Torres, M. (2008) El reverso de la fiesta. Virtualia 17. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana. <http://virtualia.eol.org.ar/017/default.asp?dossier=torres.html>